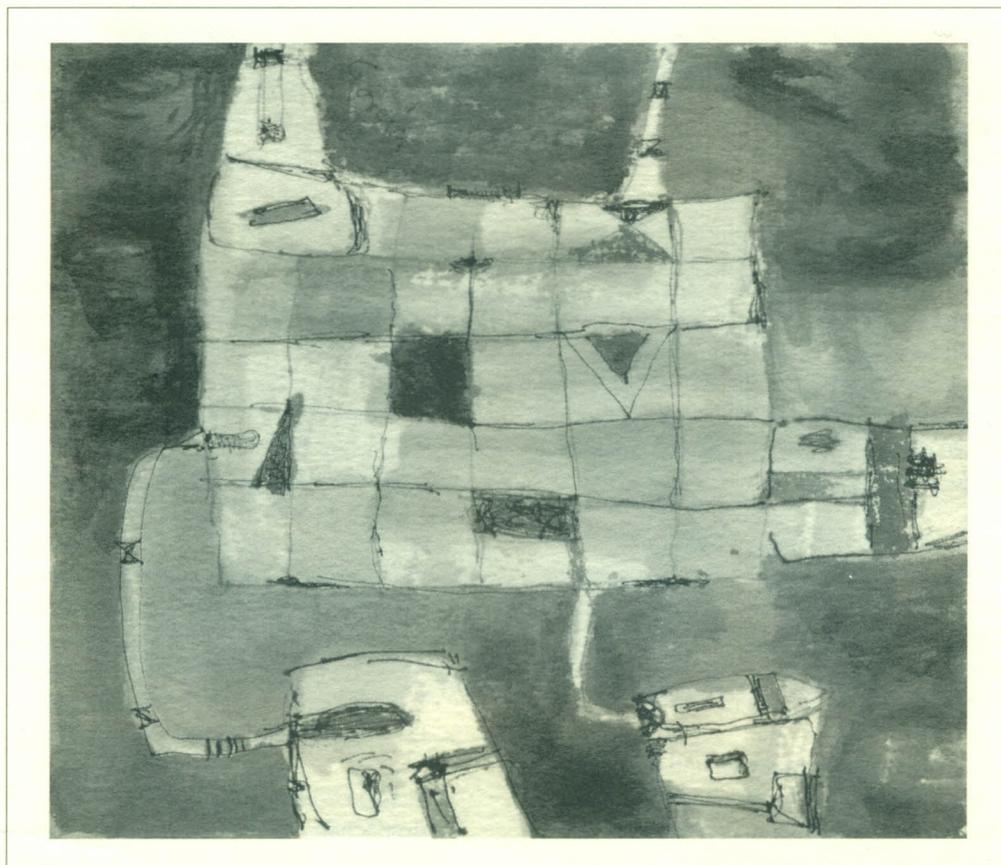


# El Instituto de Oajaca\*

MANUEL BRIOSO Y CANDIANI



Aarón García, 1997.

...

*Su origen · su significación para la historia -  
sus hombres prominentes · su esplendor cien-  
tífico, literario y artístico.*

...

Consecuencia del surgimiento de Oajaca como Estado soberano fueron la creación del Instituto de Ciencias y Artes, en 1826, y la apertura de las aulas del mismo, el 8 de enero de 1827. Y era tan natural aquella fundación, que personas prominentes del clero como Fray Francisco Aparicio, dominico de vasta ilustración, partidario fervoroso de la Independencia y director fundador del plan-

tel y otros sacerdotes que después figuraron como jefes o como maestros contribuyeron a robustecer la vida de aquel foco de cultura.

---

\* Este artículo fue escrito con motivo de la celebración del primer centenario del Instituto de Ciencias y Artes del Estado. Tomado del periódico *MERCURIO*, 26 de diciembre de 1926, s.p.

Entre los catedráticos fundadores, descollaba un joven de raza zapoteca: el profundo, el vidente pensador Miguel Méndez, precursor de Juárez y que reveló el destino de éste. Era Méndez de inteligencia tan penetrante, de ímpetus tan poderosos, de pasión por las libertades públicas tan ardiente, que no solo arrastraba a sus discípulos y a sus colegas del profesorado, sino que también a sus maestros.

Convocó aquel indio admirable a una reunión de pensadores y después de haber hecho el análisis psíquico de cada uno de los presentes y de haber conmovido las fibras más ocultas de los corazones, desarrolló con elocuencia mágica y arrobadora, la tesis del Estado Libre, sin los obstáculos que entonces ofrecía la unión del Estado con la Iglesia. Al concluir agregó, señalando a Don Benito Juárez, allí presente: *«y éste que ven ustedes aquí, tan callado y tan modesto será el encargado de cumplir la obra»*.

Fue, por eso, aquella primera época del Instituto, la que, antes que la de 1831, en que don Francisco García, Gobernador de Zacatecas, inició la Reforma; y antes que la de 1833, personificada por el patriarca liberal Don Valentín Gómez Farías, Oajaca hizo sentir la necesidad de separar los asuntos del Estado de los de la Iglesia.

Aquel germen siguió robusteciéndose y en uno de los días en que ya nos preparábamos a la guerra con los Estados Unidos del Norte, el Obispo de Hippen, Don Francisco García Cantarines, que a más de Director del Instituto, era catedrático de Derecho Público y Constitucional, dejó estupefactos a sus discípulos, al exponerles la necesidad de la Reforma, anunciándoles que habría de llegar el momento de plantearla. Recomendó a sus oyentes la reserva (que por cierto no cumplieron) *«No ha llegado aún el tiempo -dijo-, para que se ponga en práctica éste principio; pero llegará, y acaso ustedes sean los encargados de proclamarlo y de cumplirlo»*.

Así fué que, bajo las inspiraciones de Méndez, primero, y por el influjo del ambiente creado por Cantarines, después, don Benito Juárez fué afirmando en su mente el pensamiento del Estado completamente libre de las trabas de la tradición. Y lo mismo pasó con Flores Márquez, con Marcos Pérez, con Don Manuel Ruiz, con Don Félix Romero, con Porfirio Díaz y con otros muchos que después, directa o indirectamente ayudaron a Juárez en la proclamación y en el triunfo del credo de la Reforma.

Si Michoacán tiene la gloria de que en su Colegio de San Nicolás se hayan inspirado para la liberación de la patria,

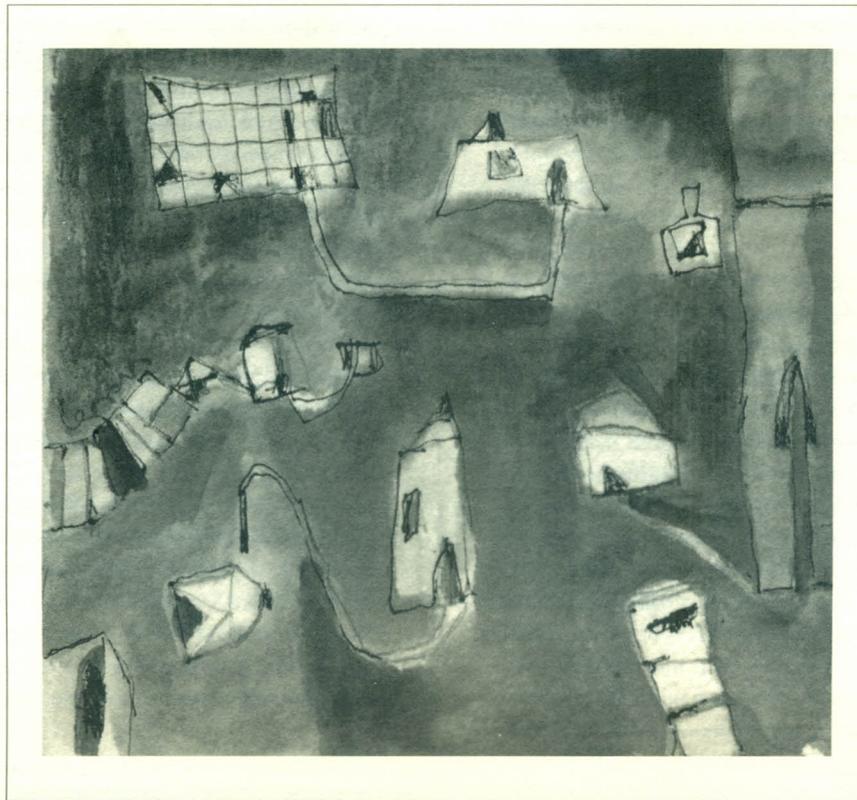
aquellos héroes que esplenden aún con los nombres de Hidalgo y de Morelos; si Jalisco, con su Escuela de Jurisprudencia, se ufana legítimamente, recordando al insigne juriconsulto Vallarta; si Veracruz, con su Escuela Normal de Jalapa; se ostenta satisfecha de haber contribuido a transformar nuestra enseñanza primaria, tornándola de instructiva en educativa, Oajaca con su Instituto, puede considerarse como el factor más potente, para constituir al país sobre las bases de una soberanía incommovible.

Aparte de las épocas radiantes de Méndez y de Cantarines, el Instituto de Oajaca cuenta otras dos que no deben quedar en las sombras: la de la dirección del licenciado José Antonio Noriega: bajo el Gobierno de don José Esperón; y en la que un grupo de intelectuales (de los que unos viven aún) organizó el colegio, de modo que respondiese a las aspiraciones de los hombres cultos de aquel tiempo, y a las exigencias de la democracia, que reclama la más amplia cultura, en los que han de ejercer las funciones de la ciudadanía. Digamos algo de éstas dos figuras sobresalientes. La del señor Noriega puede llamarse *LA EDAD DE ORO* del Instituto: porque aquel hombre público no fué solamente jefe de colegio: fué un apóstol de la democracia, del arte y de la civilidad dentro de las formas encantadoras de la cortesía. Era un carácter al servicio de una idea grandiosa.

Llegaba Noriega a sus oficinas, en las horas más tempranas; despachaba de su puño y letra y no pocas veces sin necesidad de auxiliares, los acuerdos y las comunicaciones; permanecía en el Instituto hasta horas avanzadas de la noche, a fin de no dejar asunto pendiente; atendía a todo el que lo buscaba, sin hacerlo esperar más que los momentos precisos. Como tenía a su cargo no solo la enseñanza preparatoria y la profesional, sino la primaria de todo el Estado y no quería perder el tiempo, había dispuesto sus habitaciones de modo que aún desde el baño pudiese entenderse con los asuntos públicos; y no era raro que los despachase a la hora de tomar sus alimentos.

Actividad incansable como la de Bonaparte, a todo atendía, sin manifestar disgusto y con una afabilidad cautivadora. Para que los niños, los estudiantes y los maestros de escuela no careciesen del pan intelectual había en su biblioteca una proveeduría de libros de texto y de consulta que regalaba a los carentes de recursos.

¡Con razón, pues, los que se educaban bajo sus inspiraciones, o los que desempeñaban alguna misión, por él señalada, lo obedecían sin réplica y con diligencia y exactitud!



Aarón García, 1997.

¿Cómo un colegio, que tenía a la cabeza un hombre como aquel, y que contaba con la cooperación intelectual de don Bernardino Carvajal (el hombre de talento más universal entre los de Oajaca), del licenciado Tatus, del licenciado Luis Beltrán Santaella, y de otros más, de inteligencia poderosa y de carácter firme, no habría de producir frutos extraordinarios? Así los produjo, en efecto: aquellos hombres que se llamaron Rosendo Pineda, Emilio Pimentel, Eutimio Cervantes, Manuel Ramírez Varela, Constancio Peña Idiáquez, Cenobio López y otros más, si no tan sobresalientes, si notables por su ciencia, por su civismo o por sus producciones literarias, son aún el orgullo de Oajaca, cualquiera que sea el juicio que se forme acerca de su actuación en la política.

Viven aún de aquella época floreciente, los licenciados Rafael Pimentel, Francisco Magro, Joaquín Atristaín, Emilio Rabasa, y Miguel Calderón, el doctor Manuel de Esarte, el químico farmacéutico Gonzalo Ramírez, el ingeniero Marcelo Peña, el que les escribe estas líneas y acaso algunos más, que no recordamos.

Ellos, mis consupervivientes, pueden confirmar lo que asentado queda acerca del insigne Director de que acabo de ocuparme, y presumo que, como yo, lamentarán aún la pérdida sufrida por el Instituto, al desaparecer el meritísimo señor Noriega, poco después de su separación en 1876. Noriega fué el propulsor de aquel florecimiento extraordinario; pero no pudo recoger los frutos de su magna labor. ¡Ah, pasó con él, lo que ha ocurrido con otros impulsores del humano engrandecimiento! Moisés no llegó a la tierra prometida. La Sibila de Cumas no alcanzó la realización de sus oráculos. Colón murió sin saber que había descubierto un nuevo continente. Mirabeau, rendido de fatiga, desapareció antes de que se hundiese en la noche de los tiempos la monarquía de los capetos. Noriega no pudo ver que sus hijos intelectuales escalaban las altas cimas, en el arte, en la ciencia, en las letras, en la judicatura, en el gabinete y en la administración pública. De haber vivido otros diez años, dirigiendo a la juventud oajaqueña, el Instituto habría llegado a tener en la República, si no la significación de la Sorbona de París, de la Universidad de Salamanca, en Espa-

ña, o de los altos colegios de Oxford o de Cambridge, en el imperio Británico, sí la influencia suficiente para seguir impulsando el progreso nacional, pero una de las convulsiones de nuestra inquieta democracia, lo alejó de su amado colegio, y poco después, de la vida, lo que era natural; porque Noriega no podía vivir sin comunicar sus ideales y sus sentimientos a los jóvenes y a los maestros de escuela.

La otra época comenzó en 1885 y alcanza a nuestros días. Fué la de las transformaciones realizadas por un grupo de intelectuales: Eutimio Cervantes, Aurelio Valdivieso, Joaquín Atristáin y el Lic. José María Cortés, quien con otros colaboradores aptos, se dedicó a clasificar por primera vez y a reorganizar la Biblioteca del Estado, anexa al Instituto. Si mal no recuerdo, aquel grupo conspicuo estuvo integrado también por los licenciados Emilio Pimentel y Emilio Rabasa, los que, aunque ocupados en otras labores de mucha importancia, tomaban parte en aquel movimiento de renovación. Las bases de aquel nuevo orden de cosas, son aún las mismas, aparte de los cambios que el Dr. Valdivieso, primero, y el Dr. Ramón Pardo después, han introducido, para mejorar la disciplina y para aumentar el número de las carreras y de las asignaturas que reclama nuestra época de transformaciones.

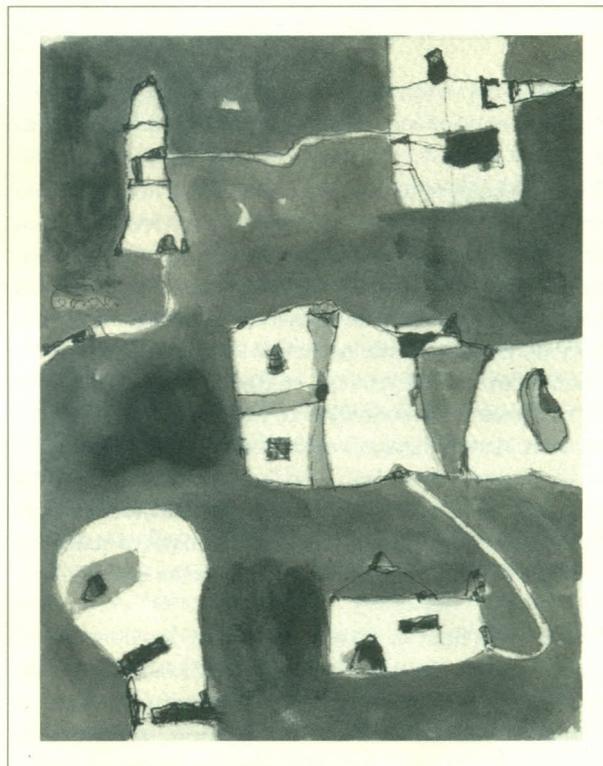
Aquellas reformas, que está llevando aún a la práctica el Dr. Pardo, han contribuido a formar profesionistas de más amplios conocimientos y de bases preparatorias más completas que las de la época del Sr. Noriega.

Durante algunos de los últimos años del siglo pasado, la disciplina del plantel había decaído; pero el Dr. Aurelio Valdivieso logró que los estudiantes volvieran al buen camino, esto es, al del orden, gracias a la energía que desplegó y que le ha señalado la ruta al actual Director.

Como es sabido, está tratándose de conmemorar la fundación del Instituto después de cien años de haber surgido, y, en verdad, nada es más acertado en estos días que recordar cómo ese plantel ha influido en los sucesos de importancia nacional. El colegio que los primeros hombres pensadores de Oajaca, los de 1826, organizaron, tuvo, además de las personalidades que mencionadas quedan, otros hombres públicos de relevante mérito. Contáranse entre éstos, además de aquellos que antes se habló, como directores, el padre Apodaca, el sabio don Juan Bolaños, el profundo jurisconsulto y caballero intachable, don Manuel Iturribarria y los insignes hombres de Estado don Manuel Dublán y don José Esperón. En la lista resplandeciente de aquellos

jefes del Colegio, descuella, como figura grandiosa, don Benito Juárez quien estableció un régimen tan estricto y un orden tan admirable, que todavía se cita como modelo. Dando las ocho de la mañana, pisaba el umbral del edificio. Después recorría todos los departamentos, y si faltaba algún catedrático, siendo de alguna materia de las que había estudiado, entraba a dar la clase. Cuando el catedrático llegaba, le decía: «No se moleste usted, señor catedrático: No se ha perdido el día». Naturalmente, aquel proceder fué eficazísimo.

Jamás olvidaremos, los que estudiamos en aquel colegio, al Lic. Federico Sandoval, una de las inteligencias más claras y más persuasivas que ha tenido la tierra de Juárez; ni al Licenciado don Rafael Hernández, si no el de más alta cultura, si el de talento más profundo, entre los que esplendieron en el Instituto. Don Antonio Falcón, catedrático de Física y enciclopedista, pues era abogado, médico, casi ingeniero y naturalista, y el doctor don José Agustín Domínguez, también de conocimientos en no pocas ciencias, fueron asimismo maestros en el plantel, y descollaron en primera línea entre los profesores.



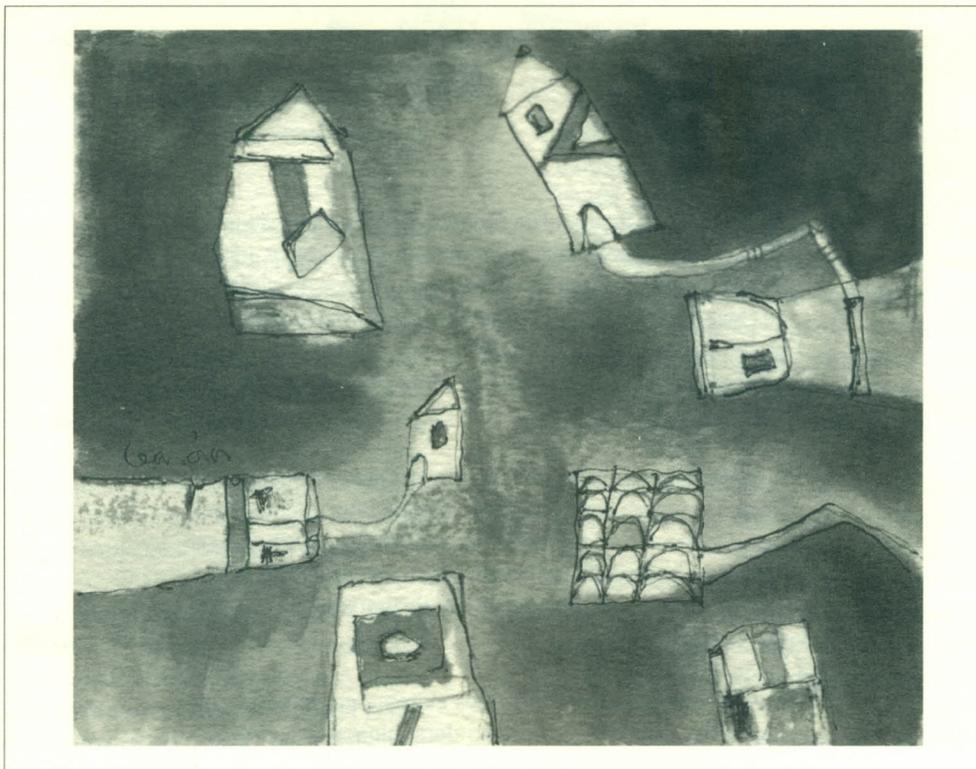
Aarón García, 1997.

La cultura científica, literaria y artística del Instituto fué notable desde 1868. Por el concurso que para las funciones de premios prestaba a la Academia de Niñas, colegio cuyos profesores eran casi los mismos del Instituto. En los primeros días de enero, después de cerrarse cada curso escolar, y en el Teatro Juárez, llamado antes Teatro Principal, se reunían todas las clases sociales, con sus más gustosos atavíos, en número tan considerable, que el Teatro estaba pletórico; ahí se hacía derroche de elocuencia, de armonía, de galas, de luz, de aromas, al fulgor deslumbrante de centenares de damas de ojos de fuego y de semblante animado por las emociones. El entusiasmo, la alegría estruendosa, los aplausos a los condecorados, convertían aquel recinto en un palacio de hadas.

Eran fiestas clásicas, pues varias veces las educandas de la Academia, representando a cada una de las Musas, recitaban versos alusivos a la misión de cada una de éstas, aparte de que los discursos, los versos y las ejecuciones en los instrumentos musicales producían en el ánimo los más elevados goces.

No podemos, no sería conducente extractar aquí las innumerables reseñas de aquellas espléndidas festividades que desde 1876 hasta fines del siglo XIX presenciamos, rebosantes de júbilo, pero tenemos esas reseñas para quienes quieran convencerse de que no exageramos. Las descripciones, además de notas literarias dulcísimas, por su bella forma son muestras de cómo el Instituto de Oajaca irradiaba por el talento cultivado de sus hijos, por el numen de sus poetas, por la dicción correcta y agradable de sus oradores y por el gusto delicado de sus artistas; de cantantes como la hermana de José Guillermo Carbó (Leonor) y la Sra. Julia Guerrero de Navarrete; de pianistas como Piedad Esperón, Luz Pimentel y Mercedes Rey, y como los señores Cosme Velásquez, Joaquín Cortés y Manuel Monterrubio; de violinistas como Manzano y José Alcalá y aún de improvisadores como Rosendo Pineda; todo como un llamamiento hacia el ideal, como una revelación del alma juvenil, como un faro perpetuo que anunciaba para Oajaca un brillante y risueño porvenir.

...



Aarón García, 1997.